DOMINGO II DESPUES DE LA NAVIDAD

No todos los años celebramos el II domingo de la Navidad; depende del día de la semana que se celebre la solemnidad de la Navidad.

La Liturgia de este II domingo es muy rica, como veremos.

Lectura Primera: Eclesiástico, 24, 1-12. 8-12

No debemos olvidar que en la Liturgia se uso mucho el lenguaje simbólico y no solamente el conceptual. Si siempre la lectura primera introduce para comprender el evangelio; en este domingo II de Navidad también. Este domingo II de Navidad, como diremos, es una síntesis de la Navidad. Toda la teología acerca del Niño, que ha nacido, está simbolizada en la Sabiduría.

El libro del Eclesiástico es un libro, que pertenece, no a la prosa, sino a la poesía del AT; de aquí que debemos leerlo, no de una forma conceptual, sino simbólica.

Se inicia esta segunda parte del libro del Eclesiástico con el capítulo 24, 1-34: *Alabanza de la Sabiduría.* Los vv. 1-22 narra la alabanza que hace de sí misma la Sabiduría personificada. La Sabiduría habita en Jerusalén. Esta autoalabanza de la Sabiduría toma como modelo literario Prov 8, 22-31, que describe a la Sabiduría como una figura femenina que existió antes de la creación y que toma toma parte en la obra creadora de Dios.

La contribución original de Ben Sira está en asignar a la Sabiduría una casa en el templo de Jerusalén (24, 8-12)

La Liturgia de la Palabra toma los vv. 1-2. 8-12. Los vv. 1- 2 son como una introducción a este himno acerca de la sabiduría.

1 La sabiduría hace su propio elogio, se gloría en medio de su pueblo;

2 en la asamblea del Altísimo abre su boca, se gloría en presencia del Poderoso.

Esta introducción nos trae ecos de Prov 8, 1ss: "*¿No está llamando la Sabiduría? Y la Prudencia, ¿no alza su voz?"*. La sabiduría personificada está dispuesta a narrar sus excelencias ante los hombres.

Estos versículos describen a la Sabiduría que se alaba a sí misma tanto en la tierra como en el cielo. La sabiduría en persona canta sus propias excelencias. De alcance cósmico y transcendente, la sabiduría ha venido a habitar en Israel y ha plantado sus reales en Jerusalén. De ahí que a Israel, es decir a la asamblea del Altísimo, dirige su discurso en presencia de Dios todopoderoso.

En los vv. 8-12 la Sabiduría cuenta cómo le asignó Dios una morada en Israel y en el templo de Jerusalén. De este modo, Ben Sira consigue reunir los aspectos sapiencial, cultural y legal de la piedad israelita.

8. Entonces el creador del universo me ordenó, el que me creó estableció mi residencia: Reside en Jacob, sea Israel tu heredad.

Como creador del universo, Dios puede elegir y asignar puestos. Atendiendo al procedimiento literario, la sabiduría está descrita a imagen del pueblo; atendiendo a la concepción teológica, el pueblo actúa a imagen de la sabiduría, ya que ella es anterior.

9. Desde el principio, antes de los siglos me creó, y no cesaré jamás.

Trasciende los tiempos. Es la primera criatura, como dice Prov 8, 22: "*Yahveh me creó, primicia de su camino, antes que sus obras más antiguas."* Abarca creación e historia.

10. En la santa morada, en su presencia ofrecí culto y en Sión me establecí;

La elección de Jerusalén es la conclusión de una etapa: para el pueblo unificado bajo David, para el arca, depositada en el templo. En la tierra entregada, en la ciudad elegida, en el templo, el pueblo ofrece culto a su Dios. La sabiduría asume aquí dicha función litúrgica. Es palabra que sale de Dios y vuelve a Dios.

11. En la ciudad escogida me hizo descansar, en Jerusalén reside mi poder. Jerusalén es además capital política del reino, donde el rey administra la justicia. "*Porque allí están los tronos para el juicio, los tronos de la casa de David."* (Sal 122, 5)

Los vv. 12-17 acumulan comparaciones de orden vegetal, de árboles corpulentos y plantas aromáticas. Palmera y Olivo son frutales.

La Liturgia solamente elige el v. 12:

12 "Eché raíces entre un pueblo glorioso, en la parcela del Señor, en su heredad."

El descanso es un nuevo comienzo de crecimiento y expansión. Debemos leer con atención estos vv. para darnos cuenta de la belleza simbólica, de la belleza literaria y también del contenido teológico.

Realmente es una buena introducción a la lectura del Evangelio, el Prólogo de san Juan. De Dios se habla mejor con el lenguaje simbólico que con el lenguaje conceptual, quizá más claro; pero limitado, pues encierra en su expresión lo que no se puede encerrar. El símbolo nunca se cierra, sino que está abierto, indicando cada vez unas connotaciones más ajustadas y más bellas de la realidad.

El estribillo del Salmo muy acertado y muy expresivo: "La *Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros"*

Segunda lectura: Efesios 1, 3-6. 15-18

Podemos decir que esta lectura es apropiada para este II Domingo de Navidad; domingo, de la reflexión, del caer en la cuenta del Misterio celebrado y sus consecuencias para nosotros.

Los versículos 3-6 forman parte de un himno con el que comienza la carta, tiene, tanto literaria como ideológicamente, una clara dimensión trinitaria : tres estrofas que terminan con la misma expresión: himno de *alabanza a su gloria*, y tres específicas acciones salvíficas atribuidas a cada una de las tres personas divinas. El Padre nos ha elegido por amor (Ef 1, 3-6); el Hijo nos ha redimido y nos ha obtenido la salvación a través del sufrimiento (Ef 1, 7-12); y el Espíritu es la mejor garantía de que tanto la acción del Padre como la del Hijo alcanzará su objetivo final (Ef 1, 13-14).

Vamos a analizar los vv. 3-6, que hacen referencia al Padre...

3. Alabado es el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con todo lo que es bendición del Espíritu, en los cielos en Cristo.

La la alabanza comienza con una fórmula de bendición, por cierto en tercera persona...

Pero ¿por qué comienza nuestra carta por una alabanza? Se llega a la alabanza de Dios después de una epifanía divina de la salvación. Ahora bien, ésta puede consistir en dos cosas: primeramente, en la salvación de peligros y calamidades.

Pero también la manifestación de un misterio divino a una persona, realizada en sueños o en un oráculo o en una visión, presupone la epifanía de Dios y suscita una alabanza.

El Dios, a quien se ensalza en la bendición es designado como *el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*. "El *Dios y Padre*" es casi un único concepto.

Con ello se caracteriza a Dios como el Dios paternal y el Padre divino de Jesucristo, que es "nuestro Señor", y en quien nosotros encontramos también a Dios como Dios Padre nuestro. Dios, en lo que ha hecho por nosotros, se muestra precisamente como el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Y tal es, por su esencia, la razón de nuestra alabanza. En efecto, de este "Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo"- ¡sea bendito! – hay que decir que él "nos *ha bendecido".*

La bendición de Dios es de la misma índole que el Pneûma; deriva de El su manera de ser. La bendición es algo que se revela en El, porque se da en El y está presente en El. El beneficio de la bendición se hace accesible para nosotros en el Pneûma. En el Pneûma se nos han dado todos los bienes y dones, que se contienen en él y vienen sobre nosotros con la bendición de Dios. En él se nos abren, se hacen conocibles y asequibles para nosotros.

Si la alabanza pneûmatika debe entenderse como la bendición que el Espíritu encierra en sí, opera y revela, entonces queda bien claro que no se trata de una antítesis entre una bendición "material" y una bendición "espiritual"; y que tampoco se piensa en una bendición que consista en los dones del Espíritu o carismas, sino que consiste en que *esta bendición es el Espíritu* , por cuanto dicha bendición llega sobre "nosotros" por el poder del Pneûma.

El concepto "*en los cielos"* significa lo que pertenece al "*cielo",* lo que está en el *cielo,* lo que es "*celestial*"

¿Qué quiere darse a entender con él? Evidentemente, con lo de" *en los cielos"* se indica siempre un "lugar". Este "lugar" significa un territorio, el territorio.

En Cristo debe entenderse en sentido local, como el complemento *en los cielos*. Como los bendecidos, nos hallamos también "en los cielos". Pero estamos allí "en Cristo", dentro de su "señorío", al que están sometidos todos los cielos y sus amos celestiales.

Vemos, pues, lo fundamental y exclusiva que es la bendición con que Dios nos bendijo. El, que es la bendición del Padre en Cristo en virtud del Espíritu santo, nos revela el señorío de Cristo como la dimensión de nuestro existir.

4. Nos eligió en él, antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e irreprensibles ante él.

El v. 4 comienza a definir con detalle en que consiste la bendición. En primer lugar, la bendición de la eterna elección y predestinación por Dios en Cristo.

"*Elegir"* es para Pablo un concepto "bíblico" y significa- ya en su pasado judío- escoger y seleccionar. El concepto lleva, pues, la connotación de un aprecio positivo, de manera análoga a como la lleva nuestro concepto de elegir, y más todavía de seleccionar.

Lo específico en estas palabras sobre la elección son dos cosas: en primer lugar, que la elección de los cristianos se realizó antes de la fundación del cosmos. Es trasladada, por tanto, a antes del tiempo y antes del mundo. Lo segundo, esta elección efectuada antes

del tiempo y antes del mundo, tuvo lugar "en Cristo". En nuestra elección, estábamos ya en Cristo.

Esta elección tuvo de antemano un fin. Nuestra elección es un ser elegidos para algo.

Dios eligió a los cristianos para que fueran santos en el sentido que tiene la santidad divina. Según esto, ser bendecido significa en primer lugar: ser solicitado por Dios para que lleguemos a nuestro ser, elegido eternamente en Cristo, de santa irreprensibilidad ante Dios.

5. *Nos predestinó en amor para que fuésemos sus hijos por Jesucristo según el beneplácito de su voluntad*

Predestinar. Su origen etimológico quiere decir "deslindar", significa: fijar, establecer, determinar. Y esto, no sólo con respecto a las cosas sino también a las personas. *Predestinar* indica el destino para el que se ha efectuado la elección. La elección antes de todos los tiempos (praeelectio) viene a parar en una destinación antes de todos los tiempos (Praedestinatio). Ambas cosas presuponen e incluyen en sí un conocimiento antes de todos los tiempos (praescientia), véase Rom 8, 29.

Tal vez acertaremos con lo que San Pablo quiso decirnos con lo de *predestinar*, si traducimos este verbo por "definir anticipadamente".

No es un elegir cuyo motivo sea únicamente la soberanía de Dios, sino que es una elección soberana hecha por amor, una elección de amor soberano. Lo que nosotros somos ahora como santos y creyentes, como los que han sido bendecidos, eso lo ha definido ya desde toda la eternidad el amor de Dios. ¿Para *qué hemos sido predestinados?*

La respuesta, hasta ahora, había sido: para una santidad irreprensible a los ojos de Dios. Estamos destinados-decimos en este momento-"para ser sus hijos por Jesucristo". Esta condición de hijos es un ser hijos en el sentido real y pleno de la palabra. La santidad irreprensible es, a los ojos de Dios, esta condición de ser hijos. Aquí se indica la norma divina para juzgar lo que es "santo".

Somos hijos de Dios "por medio de Jesucristo". Con esta referencia a Jesucristo,"por" quien somos hijos de Dios, se acentúa el carácter gracioso de ese ser que Dios ha destinado para nosotros desde toda la eternidad.

6. Para alabanza de la gloria de su gracia, Con ella nos agració en el Amado

En nuestra elección eterna, hizo Dios que resplandeciese la alabanza de su gracia. Lo que nosotros somos por esa gracia, lo somos ahora para alabanza, más concretamente, para alabanza de la gracia divina.

En esta fórmula se acentúa la gracia. Tal vez, la expresión *alabanza de gloria,* objetivamente, es en nuestro pasaje un único concepto con el que desea acentuarse el carácter glorioso de la alabanza que Dios mismo se tributa- como quien dice- al proceder a nuestra elección.

Tengamos en cuenta las relaciones internas: incluso la elección eterna es ya una actuación de la gracia de Dios. Por consiguiente, el hecho de ser elegido es fruto de esa gracia y muestra de la misma. Ahora bien, el hecho de ser elegido es el ser del bautizado. Y, así, el bautizado es en su mismo ser fruto de esa gracia y demostración de la misma. En la elección eterna, como acto gracioso de Dios, resplandece la gracia, que es alabanza ella misma, resplandece desde el principio la gracia que en sí misma alaba a Dios. Nuestro ser de santos y creyentes, que ahora es un ser de elegidos que han sido bendecidos, está alabando ya en sí mismo a la gracia, a la que todo se debe.

Gracia significa, poco más o menos, en el horizonte de nuestros escritos: mostrar amabilidad, benevolencia, benignidad, misericordia. Dios quiso hacernos felices con su gracia: he aquí lo que esta expresión significa. ¿Y cómo nos hizo felices con la gracia? ¡Concediéndonosla gentil y benignamente "en el Amado"! (En su querido Hijo)

"El Amado" es un título mesiánico. Claro está que es muy raro encontrarlo con este sentido absoluto. Teniendo en cuenta todos estos datos, podemos afirmar seguramente que "Amado" es la aplicación a Cristo de un título mesiánico referido a Israel. Cuando se dice en el v 6b que Dios nos concedió benignamente la gracia " en el Amado" hay que escuchar en tales palabras: en Aquel que, por ser el único Amado de Dios, el Amado por excelencia, experimenta también ahora amor, de suerte que también nosotros, que estamos en él , en el Hijo del amor de Dios, experimentamos ese amor que a El se le concede.

Los cristianos no han sido bendecidos únicamente porque han sido elegidos por Dios desde toda la eternidad, sino también porque han experimentado aquel amor de Dios con que él ama a su Hijo único, a su Hijo por excelencia.

La Liturgia también toma como segunda lectura los vv. 15-18, que no forman parte del himno trinitario, sino que expresan la supremacía de Cristo. La exposición de la supremacía de Cristo abarca hasta el v. 22; nosotros solamente analizamos los vv. Indicados.

15 Por eso, yo también, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestro amor para con todos los santos

16. no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en

17 mis oraciones, (y pido) que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé el Espíritu de la sabiduría

18 y de revelación, para conocerle a él, iluminados los ojos del corazón para que sepáis cuál es la esperanza que su llamamiento os ha abierto: cuál es la riqueza de la gloria

A la alabanza de Dios, hace el apóstol que siga una intercesión a favor de la comunidad.

El apóstol da gracias (1, 15s) por la fe y el amor de los cristianos a quienes se dirige. Pero con esta acción de gracias se entrelaza en el v 16b el tránsito a la intercesión, que pide el conocimiento de la esperanza que les ha sido revelada a los cristianos por Dios en Cristo (versículos 17-19).

Y, así, la razón de la gratitud que ahora expresa el apóstol, radica en dos cosas: en la bendición de Dios o en la participación que tienen en ella los cristianos procedentes de la gentilidad; y luego también en lo que expresa la oración de participio del v 15: en la fe y el amor de la comunidad, de los que san Pablo ha oído hablar.

El, el apóstol, da gracias, porque ha oído hablar de ellos y de su fe en el Señor Jesús. El apóstol no les conocía a ellos personalmente. De la fe en el Señor Jesús se habla también en otras partes.

En el Señor Jesús designa al Señor Jesús como aquél en quien ellos viven por la fe. En él tiene su fundamento y morada su fe, y ellos están fundamentados y moran en su propia fe. También lo que Pablo ha oído hablar del amor de la comunidad, le permite dar gracias y le obliga a ello. En ese amor experimentan los demás la bendición recibida y conservada en la fe.

A Dios es a quien da gracias el apóstol. Pero ellos son el objeto de esta acción de gracias.

Las oraciones del apóstol, en las que él da gracias a Dios por la comunidad, contienen también sus peticiones a favor de ella. ¿Cuál es el objeto de la petición apostólica? El objeto es lo que san Pablo, además de la fe y el amor, considera también importante: el *conocimiento.*

Vuelve a sentirse aquí la emoción que sobrecogía ya a Pablo en la alabanza y que se transparenta también en el lenguaje de la oración, en los siguientes versículos que hablan de cómo él les recuerda en su oración por la comunidad.

El Padre de la gloria

Esto no quiere decir sólo que la gloria es característica esencial de este "Padre", sino también de que de él procede la gloria, la cual tiene en él su esencia

Por consiguiente, gloria y fuerza son en san Pablo conceptos intercambiables. El esplendor de Dios es el esplendor de su poder, y el poder de Dios es el poder de su esplendor. Y según se quiera hacer resaltar lo poderoso o lo luminoso, el "peso" o la "irradiación" de su manifestación, se habla de su fuerza o de su gloria.

En nuestro contexto se habla del Padre poderoso en su esplendor, del Dios y Padre cuyo poder se deja sentir en su irradiación iluminadora y da conocimiento. Es verdad que el don que se pide a Dios es denominado primeramente por el apóstol

Pneuma de sabiduría y revelación. Esta expresión desempeña también un papel en el antiguo testamento, en la tradición apocalíptica del judaísmo y en su literatura sapiencial, y significa, por diferente que el modo de entenderla, el Espíritu mesiánico de la inspiración, que penetra en los misterios de Dios. Y precisamente en este sentido, la emplea también san Pablo en nuestro pasaje. Porque la "sabiduría", que quisiera darse como don del Espíritu y en cuya forma el Espíritu quisiera darse a los hombres a los miembros de la comunidad, es aquella "Sofía" pneumática que Dios prodigó abundantemente a la Iglesia, para que ella comprenda el misterio de la voluntad de Dios: don que él ahora desea seguir dando, y dándolo más plenamente , porque se trata de aquel don que jamás se da de una vez para siempre. Esta sabiduría, una vez dada, va siendo poseída como un incesantemente

Revelación es aquel carisma mencionado en 1 Cor 14, 6; "*Y ahora, hermanos, supongamos que yo vaya donde vosotros hablándoos en lenguas, ¿qué os aprovecharía yo, si mi palabra no os trajese ni revelación ni ciencia ni profecía ni enseñanza*?" Y que significa el don de recibir revelaciones particulares. La Sofía y la apokalipsis representan - como carismas- una manifestación del Espíritu.

Por consiguiente, la petición del apóstol tiene por objeto implorar la garantía sensible de que se ha recibido el sello del Espíritu Santo, implorar los carismas y esencialmente los dones mesiánicos del Espíritu que consisten en recibir revelaciones extraordinarias del misterio de la voluntad de Dios y de la sabiduría vinculada a ellas. Ahora bien, tales signos y garantías son únicamente las maneras en que se llega al "conocimiento" de Dios. Porque esto es lo que quiere decirse con la expresión introducida por una preposición en su conocimiento.

Estas palabras no sólo indican para qué quiere Dios dar el Espíritu, sino también en qué manera se va a dejar sentir el don del Espíritu. La sabiduría carismática y el don de recibir revelaciones sirven para el conocimiento de Dios.

Conocer es un término helenístico que se encuentra en san Pablo desde la Carta a los romanos, y que es precisamente un término predilecto suyo en nuestra carta y Colosenses.

¿Qué es conocimiento en sentido paulino?

También en nuestra carta se ve con claridad que el conocimiento presupone la fe y el amor. Pues precisamente la idea del apóstol es que Dios quiera completar a estos dos con el conocimiento. La fe y el amor son condiciones necesarias para llegar al conocimiento. El conocimiento es una experiencia de fe y de amor. El conocimiento es- para decirlo con más precisión- la fe que conoce y el amor que revela. Y, así, es también obra del Espíritu. Este conocimiento, en el que actúa el Espíritu de sabiduría e inteligencia o revelación, es- en sí mismo – conocimiento del Espíritu.

"Iluminados *los ojos del corazón*". Este perfecto indica la duración y, si estamos en lo cierto de que se trata de una expresión bautismal, la progresión y la renovación y profundización incesantes de la iluminación. El corazón, cuyos ojos permanecen iluminados y se van haciendo cada vez más luminosos, es aquello que nos pone centralmente a tono y nos determina para adoptar nuestras decisiones o realizar nuestros cambios. Los ojos del corazón están iluminados desde el bautismo. Quiera Dios que sigan iluminados y que se iluminen aún más por los dones, concedidos incesantemente, del Espíritu de sabiduría y conocimiento.

Debemos tener conciencia de que, cuando el apóstol pide a Dios "conocimiento" para los cristianos, se refiere a aquel conocimiento que, con el bautismo, hace eclosión en las profundidades del hombre. Este conocimiento, considerado en su "contenido", es conocimiento de Dios. Conocimiento del don divino de la salvación y del acto divino de la salvación: conocimiento de nuestra esperanza.

El versículo 18b enuncia: "para *que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento "*. El conocimiento de Dios es conocer la esperanza que se nos abre en su llamamiento.

La esperanza es el bien esperado, la res sperata. Llamamiento tiene sentido activo. El apóstol pide a Dios que los cristianos procedentes de la gentilidad conozcan la esencia de la esperanza que se les ha abierto con el llamamiento del evangelio, para que estos cristianos permanezcan en esa esperanza.

Ahora bien, ¿cuál es esa esperanza que se revela en el llamamiento? Se la describe según dos facetas: en primer lugar, con respecto a su esencia; en segundo lugar, con respecto a su realización.

En primer lugar, el apóstol pide que los creyentes comprendan - si es que quieren comprender la esperanza- "cuál es la riqueza de la gloria de su herencia entre los santos". Se entiende por ello " la posesión de la herencia celestial" que Dios confiere, herencia de la que – en – somos partícipes ya desde ahora , pero que algún día será posesión nuestra de manera definitiva. Para esta herencia nos ha capacitado ya Dios.

Los *santos* según el lenguaje judío y el antiguo testamento, son probablemente aquí los ángeles. Por consiguiente, la esperanza que se abre en el llamamiento divino es el país divino del cielo, el país celestial donde Dios mora en medio de sus ángeles. La esperanza es, pues, el "lugar" "de la riqueza" de su gloria. Así como Dios mismo tiene gloria en plenitud, así también la tiene su país del cielo. Partiendo de él, del "Padre del resplandor", irradia el abundante resplandor de su poder en su "presencia" entre los

ángeles. Precisamente esta "presencia" de Dios entre los ángeles es también nuestra esperanza: esta esperanza que hay que conocer.

La otra faceta de la esperanza es el poder de Dios que nos capacita para esta presencia divina. No sólo debemos comprender la plenitud del resplandor de su herencia de los ángeles , sino que debemos saber también lo grande que es su poder, ese poder que Dios hace que actúe en nosotros, los creyentes, a fin de trasladarnos a su reino. Pues por el conocimiento de la gloria de aquella herencia nace el vivo deseo de poseerla; y por el conocimiento del poder de Dios nace la certeza de conseguirla. La gloria de Dios nos capacita para esa misma gloria. Y así como allí se habla de la "riqueza" de su gloria, así aquí se habla de la "extraordinaria grandeza" de su poder. Este poder está dirigido hacia nosotros, está referido a nosotros.

Evangelio: Jn 1, 1-18.

Hemos leído este texto tres veces: en la Solemnidad de Navidad; el día 31 de diciembre y hoy.

Lectura bien elegida, pues la Liturgia quiere como recordarnos Quién ese Niño, cuyo Nacimiento celebramos.

No queremos repetir todo lo que dijimos acerca de este texto en la Homilía de Navidad, misa del día.

No presentamos los vv. 6-8.15, que hacen referencia a Juan Bautista.

El personaje central del Prólogo es la *Palabra*, un término que no reaparece con sentido cristológico en el cuarto Evangelio.

Muchos autores se inclinan hoy a ver en el Prólogo un poema originariamente independiente que luego se adaptó al evangelio.

Presentemos algunos de sus versículos:

"En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la palabra era Dios"

Existía, Era: el tiempo imperfecto denota existencia continua, intemporal; contrasta con el aoristo (nuestro tiempo indefinido) usado en los vv. 3.6.13 (la creación, la misión del Bautista, la encarnación) para designar acontecimientos que han tenido lugar en determinados momentos.

Logos, Palabra, en el pensamiento helenístico significa sumisión, emanación, mediación divina.

En el AT, la palabra de Dios es una manifestación de Dios, la revelación de sí mismo en la creación. Cristo, la Palabra hecha carne, es la revelación última y completa de Dios.

Dos líneas del pensamiento judío en especial han confluido en el desarrollo de este concepto de la Palabra. Una idea es la personificación de la Sabiduría divina en los escritos tardíos del AT. La otra es la glorificación de la Torah en el judaísmo rabínico: la identificación de la Torah con la sabiduría divina.

Cristo es la verdadera Palabra de Dios, que existe desde la eternidad, a través de la cual y no a través de la Ley, llega la gracia y la verdad. La Palabra estaba en la presencia de Dios: se afirma una distinción en la divinidad.

Por cuarta vez el Prólogo insiste en que la Palabra estaba con Dios en el principio.

"Por *medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho*"

El Prólogo no dice que Cristo sea el creador, título que en NT se reserva al Padre. La Palabra es la causa instrumental o mediadora de la creación. Los teólogos después hablarán de la causa eficiente o causa ejemplar. No podemos descartar ninguna de estas causas; pero aquí no se habla de esto. *Sin ella nada llegó a ser*: con esta frase se expresa la misma idea. No olvidemos que este Prólogo es un himno y el ritmo hímnico exige a veces repetir la idea para llenar el verso.

"En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres". San Juan insiste ahora en la naturaleza de la vida y en su origen. La vida no es la mera existencia; la vida, para San Juan, significa una cierta participación en el ser de Dios.

San Juan coincide con Col 1, 15-20 en considerar la obra de la creación como modelo y ejemplar de la segunda creación, que es la salvación.

Esta vida era la luz de los hombres. La vida de que habla el Prólogo, como verdadera participación en la vida de Dios, tiene que ser una vida de conocimiento definitivo. San Juan aplicará más adelante a Jesús otras designaciones: agua (4,10); pan (6,35.

La luz brilla en las tinieblas: las tinieblas son la antítesis de la luz. Los exégetas han traducido de varias maneras esta frase: "Y *las tinieblas no la acogieron". "Las tinieblas no la captaron"; "Las tinieblas no la sofocaron*". Creo que todas son correctas.

Ella era la luz verdadera: En el uso hebreo, " verdadero" caracteriza precisamente el ordenamiento divino, distinguiéndolo así del engaño y la ilusión del ordenamiento del hombre pecador.

" Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció". Este mundo significa en Jn el mundo de los hombres y sus cosas.

El mundo no la conoció. Estas palabras no han de restringirse a la repulsa de Cristo por su propio pueblo. Ante todo, podríamos pensar en que el mundo no logró reconocer la verdad que Dios – a través de su palabra creadora- dio a conocer en la creación.

" *Vino a su casa, y los suyos no la recibieron"* Se repite en otros términos la afirmación del versículo anterior, aplicándola ahora específicamente al pueblo de Israel. En cuanto que es referida a la vida de Cristo, puede encontrarse un paralelo en Mc 6, 1-6. *"Salió de allí y fue a su pueblo...Y no pudo hacer allí ningún milagro..."*

"Pero *a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre*". La repulsa opuesta a la Palabra nunca fue completa. Tanto en la fase veterotestamentaria de la historia de la salvación como en la plenitud de Cristo, la fe en la Palabra ha sido principio de inmortalidad.

La segunda mitad del Evangelio de Juan tendrá por tema cómo los hombres llegan a ser hijos de Dios a través de la fe.

En el uso semítico, "nombre*"* equivale a persona. La fe no consiste simplemente en aceptar una proposición, sino en la entrega comprometida a una persona.

"Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios"

Jn insiste enfáticamente en que nacer como hijos de Dios nada tiene que ver con la generación humana, sino que es un especial don de Dios.

"Carne *y sangre"* es una expresión del AT y del judaísmo posterior para designar la humanidad y las capacidades humanas.

La Palabra se hizo carne. La "carne", ciertamente, no es mala, no es la antítesis de Dios; pero representa todo lo que es transitorio, mortal e imperfecto y, a primera vista, incompatible con Dios.

" Y fijó su morada en medio de nosotros, y hemos contemplado su gloria : gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad" " Gloria " era otro término veterotestamentario para designar la presencia de Dios visiblemente manifestada.

"Hemos *visto su gloria*". Algunos han pensado en la transfiguración, en la que estuvo presente el discípulo amado. Sería también subestimar el pleno significado de "gloria", que tanto en el AT como en el NT significan eminentemente la presencia divina en la salvación. El testimonio de Jn, por consiguiente, se refiere a toda la vida salvífica de la Palabra hecha Carne.

"Gloria *como de Hijo único"* Se especifica ahora de qué gloria da testimonio Jn: la Gloria del Unigénito del Padre. La relación del Hijo con el Padre, su venida desde el Padre y su retorno como condición para dar el Espíritu de Santificación, es decir, su condición de Salvador, es el tema de la segunda parte del Evangelio, y especialmente del discurso de Jesús en 13, 31ss.

"Rico en misericordia y fidelidad". Estos términos caracterizan al Dios de la alianza de Israel. En Ex. 24, 6 aparecen juntos como una definición virtual de Dios. " Misericordia " era el término usado en el AT para significar la ternura amorosa de Dios para con Israel, demostrada en la elección y en la alianza; " fidelidad" significaba la fidelidad de Dios y la confianza que merecía en su compromiso de alianza.

"De su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia". Las riquezas en que nosotros hemos participado son aquellas mismas con que el Hijo es rico según el v.14. La misión de la Palabra en el mundo era precisamente capacitar a los hombres para hacerse hijos de Dios, para participar en la vida divina. "Fidelidad tras fidelidad": o "gracia sobre gracia"; lo que prometió en la alianza con Israel ha alcanzado la superabundancia en la revelación del Hijo de Dios.

" Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo" La idea coincide con la de Hebreos 1, 1-4, y supone una ruptura definitiva entre el pensamiento de Juan y el del judaísmo. Si la Torah fue un don de Dios a través de Moisés, la plenitud de su revelación ha llegado únicamente a través de Cristo. Este tema de las figuras, representadas por Moisés y la Ley, que alcanzan su plenitud en las realidades que proceden de Cristo, aparecerá frecuentemente en el evangelio, sobre todo en 6, 31-33.

"A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer". La creencia judía era firme: Dios era un Dios invisible y no podía ser visto por el hombre. Pero en la Palabra hecha carne Dios se ha revelado plenamente.

"Cristo *es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura"* (Col 1,15). "Esto *no significa que alguien haya visto al Padre. Solamente aquel que venido de Dios ha visto al Padre"* (Jn 6,46); *" El que me ve a mí, ve al Padre"* (Jn 14, 9)

"Que está en el seno del Padre". Esta expresión denota la intimidad plena, una comunidad de vida. No puedo dejar de presentar una traducción del v. 18 de este Prólogo: " *A Dios nadie le ha visto jamás: el Unigénito Hijo, el que está en el regazo del Padre mirándole cara a cara, él es quien lo dio a conocer*"

Necesitamos leer muy despacio el Prólogo del Evangelio de San Juan para darnos cuenta un poco de lo que significa para nosotros el Nacimiento del Hijo de Dios.

No estoy de acuerdo con esos exégetas que dicen que la Palabra de Dios es revelación, es comunicación, es cercanía de Dios al hombre, sin necesidad de preguntarnos por el contenido de esa Palabra. Sí que es cercanía, gesto comunicativo; pero lleno de un contenido sublime, que ni ojo vio, no oído oyó lo que nos quiere decir el Prólogo, cuando afirma una y otra vez que la Palabra existía junto al Padre, pues esta Palabra era Dios.

.

.